

LA BRUJA DE LOS JABONES

Todos tenemos una idea de cómo son las brujas, feas y arrugadas. En el siguiente texto te presento una bruja diferente. Léelo con atención.



Lee el texto atentamente

Si alguien piensa que todas las brujas están cortadas por el mismo patrón se equivoca. Sin duda, las que tienen más demanda son las de piel arrugada y nariz afilada, que van de aquí para allá con la escoba y curan las enfermedades de la gente con pócimas. Pero también hay brujas de otros tipos.

Una prueba de esto es Florinda. Su madre era una bruja arrugada con nariz afilada que iba de aquí para allá... vaya, una bruja de las de toda la vida. Su padre, en cambio, era un habilidoso jabonero que combinaba aceites y esencias para proveer a la gente de los jabones más eficientes y perfumados.

Así es que Florinda creció rodeada de olores y productos que la mayoría de los mortales desconocemos y, como os podréis imaginar, con el tiempo heredó la sabiduría de su madre y todos los secretos de la profesión de su padre.

Aprendió tanto que pronto fue capaz de realizar encantamientos dignos de la mejor de las brujas utilizando herramientas y técnicas del oficio de los jaboneros.

En su laboratorio, Florinda consiguió perfeccionar algunos jabones de fórmulas clásicas: jabones para tener la piel más fina, para eliminar arrugas, para fulminar los granos de la cara, para curar las picaduras, para lavarse las manos, para las manchas de la ropa... También hacía otros más innovadores para calmar pequeñas molestias que a menudo no les prestamos la atención que merecen. El hipo, el frío en las orejas, los gases, los estornudos, los picores... Y también elaboraba jabones adaptados a los nuevos tiempos: para combatir el estrés, para ponerse moreno, para cerrar los ojos después de jugar con la consola... Y finalmente, tenía un remedio más extraordinario que ningún otro, un remedio milagroso: el jabón que eliminaba el olor de pies.

Pero lo que más le gustaba a Florinda era investigar y descubrir fórmulas nuevas que le sirvieran para superar males nuevos. Y a eso dedicaba la mayor parte del tiempo.

Cuando Florinda se fue de casa de sus padres, fue a vivir a Villafrondosa, un pueblo situado en un valle precioso, lleno de prados y bosques que hacían honor a su nombre. Era tan bonito que nadie se había atrevido a construir fábricas ni nada que pudiera ensuciar la zona. Florinda se instaló en una casa encima de una diminuta colina, a las afueras del pueblo, entre los bosques y los campos.

Con el tiempo, Florinda se había acostumbrado a su nuevo hogar, y de la misma manera, los habitantes de Villafrondosa habían aprendido a convivir con la bruja. ¡Ay! ¿He dicho con la bruja? ¡Uy, no! ¡Habían aprendido a convivir con la hija del jabonero! Porque todo el mundo sabía que Florinda era una bruja, pero solo los pequeños decían el oficio por su nombre. Los demás preferían decir la de los jabones, la Florinda... lo que fuera antes que bruja. Los mayores tienen eso: cuando una cosa no les gusta, hacen como si no la supieran y, a veces, les cuesta bien poco ponerse de acuerdo para no decir según qué.

Aquella tarde de verano, Florinda tenía que visitar a uno de sus pacientes más habituales: los mellizos del pueblo de al lado. Clap y Clapa, así se llamaban los hermanos, tenían una facilidad tremenda para dormirse en los momentos más inoportunos, y el trabajo que costaba despertarlos! Aquella vez, los dos pequeños habían tenido un ataque de sueño a medio comer en casa de su abuela y estaban con la cabeza en el plato, en medio de un huevo frito. No se podía decir que fuese un caso grave, porque en otra ocasión les había pasado lo mismo con un plato de arroz con carne y todo habían sido prisas para que no se ahogaran.

La familia de los mellizos era un caso. Florinda les tenía dicho que siempre debían tener a mano una pastilla de jabón picante contra el sueño para poder enjabonar las cuatro orejas de los mellizos en caso de emergencia, que, si no, algún día habría una desgracia.

Antes de salir de casa, la bruja preparó un jabón bien picante y áspero que rascara bien las orejas de aquellos chiquillos.



Comprueba lo que has aprendido

- ¿Quién es Florinda?
- ¿A qué se dedica?
- ¿Cuál es su remedio más extraordinario y milagroso?
- ¿Qué problema tienen los mellizos del pueblo de al lado?
- ¿Cómo son las brujas que tienen más demanda?
- ¿Qué hacen esas brujas?
- ¿Qué heredó Florinda de su padre y de su madre?
- ¿Qué jabones creó ella?

- ¿Dónde fue a vivir Florinda cuando se fue de casa de sus padres?
- Explica cómo era el valle en el que estaba situado el pueblo donde vivía Florinda.
- ¿Cómo crees que solucionará Florinda el problema de los mellizos?